

El señuelo americano.

Cómo Hollywood colonizó nuestra imaginación.

1. La conquista invisible.

Hay una escena que se repite en la memoria de varias generaciones de españoles. Un niño de los años sesenta ve en el cine del barrio una película de vaqueros. Al salir, juega a ser John Wayne. Un adolescente de los ochenta imita a los protagonistas de *Grease*. Un joven de los noventa aprende inglés con las canciones de las series americanas. Una familia de los dos mil cena viendo una comedia de Hollywood. Esa secuencia no es solo una historia de entretenimiento, es la crónica de una conquista, la más silenciosa y eficaz que un imperio ha llevado a cabo, la conquista de la imaginación.

Estados Unidos no nos venció con ejércitos, nos sedujo con relatos. Nos ofreció un espejo en el que mirarnos y nos gustó lo que vimos. El *American way of life* (la casa con jardín, el coche reluciente, la familia feliz y la libertad sin límites) se convirtió en el horizonte de nuestras aspiraciones. Y ese espejo, como los collares de vidrio que los conquistadores cambiaban por oro, era un señuelo. Brillaba, pero no era real.

2. Los collares de vidrio.

Los conquistadores españoles en América intercambiaban cuentas de vidrio por oro. El trueque era desigual, pero funcionaba. Los indígenas valoraban el brillo de las cuentas y entregaban metales preciosos. Algo similar ha ocurrido con la cultura americana.

Hollywood, la publicidad y la música han exportado un relato brillante (libertad, abundancia y éxito) a cambio de algo mucho más valioso: nuestra imaginación, nuestros referentes y nuestra capacidad de construir relatos propios.

El *American way of life* fue el collar de vidrio. Nos sedujo con una promesa que no era para nosotros. La libertad que exhibía Hollywood era la de los blancos acomodados de los suburbios. La abundancia era la de una clase media que en España apenas existía. El éxito era el de un país que se construyó sobre la esclavitud, la segregación y el genocidio. Pero el espejo era tan atractivo que no queríamos ver lo que ocultaba.

3. La factoría de sueños.

Hollywood no es solo una industria de entretenimiento, es también una fábrica de ideología. Sus películas no se limitan a contar historias, exportan un modelo de sociedad, una jerarquía de valores y una forma de entender el mundo. El cowboy que impone la ley, el empresario que se hace a sí mismo, la familia nuclear como refugio y el consumo como recompensa. Todo eso se repite en miles de películas y su repetición lo convierte en sentido común.

En España, la llegada del cine americano fue temprana. Desde los años veinte, el foxtrot, el jazz y las estrellas de Hollywood causaban furor entre los españoles. Pero fue a partir de los años cincuenta cuando esa influencia se convirtió en colonización. En 1953 se firmaron los Pactos de Madrid con Estados Unidos.

A cambio de bases militares, España recibió ayuda económica y, con ella, el modelo de vida USA en todas sus facetas. Los pantalones vaqueros, la Coca-Cola y el rock and roll. Los españoles comprobaban a través del cine el altísimo nivel de vida del que disfrutaban los americanos.

El cine americano se convirtió en el espejo donde los españoles miraban su propio atraso, aunque ese espejo no reflejaba la realidad de Estados Unidos, sino su mito.

La España franquista aceptó el espejo porque le convenía. La modernización que prometía el cine americano era una forma de legitimar la dictadura. El régimen se presentaba como el guardián de la tradición y, al mismo tiempo, permitía que los anglicismos inundaran el lenguaje y que las imágenes de abundancia americana sedujeran a la población.

4. La colonización de las aspiraciones.

La colonización cultural no consiste en prohibir, sino en ofrecer. No se nos impuso el modo de vida americano. Se nos vendió como el mejor de los mundos posibles y lo compramos.

Compramos los vaqueros, las hamburguesas, las series y la música. Compramos la idea de que la felicidad es un coche nuevo, una casa grande y una vida sin problemas. Compramos, en definitiva, una forma de desear.

Esa colonización de las aspiraciones es más profunda que cualquier conquista territorial. No nos quitaron la tierra, nos quitaron la capacidad de imaginar otra vida. Nos convencieron de que el sueño americano era el único sueño posible y, mientras soñábamos despiertos con California, dejábamos de soñar con transformar nuestra propia realidad.

5. Del cine a las plataformas.

La colonización cultural no terminó con la era dorada de Hollywood; se adaptó a los nuevos tiempos. Hoy, las plataformas de streaming son la nueva fábrica de sueños.

En España, Netflix es la plataforma líder y está presente en casi la mitad de los hogares que usan servicios de pago. Amazon Prime Video y Disney+ le siguen de cerca. En total, dos de cada tres hogares españoles con internet utilizan plataformas de pago.

El contenido que consumimos sigue siendo mayoritariamente americano. Las series, las películas, los documentales. La diferencia es que ahora no vamos al cine a verlas, las recibimos en casa, en el sofá o en el móvil.

La colonización es más íntima. Ya no compartimos la sala con desconocidos. Vemos el mismo relato, pero solos, cada uno en su pantalla, cada uno en su burbuja. Y el algoritmo, como un nuevo narrador omnisciente, decide qué relatos consumimos.

6. La resistencia.

¿Es posible resistir a la colonización cultural? La historia ofrece ejemplos. El cine europeo ha intentado construir un relato propio, pero ha tenido que competir en desigualdad de condiciones. El cine español está presente en el 21,7% de las sesiones mientras el estadounidense en el 61,2%. La recaudación del cine americano representa el 68,8% de los ingresos mientras el español solo el 17,4%.

La descolonización cultural exige algo más que cuotas de pantalla, exige también construir relatos propios, recuperar referentes e imaginar otras formas de vivir. Exige dejar de mirarnos en el espejo de Hollywood y empezar a mirarnos en el nuestro. No se trata de rechazar lo que viene de fuera, sino dejar de creer que lo de fuera es mejor.

7. La vida sin señuelos.

Nos han colonizado hasta el punto de que ya no sabemos imaginar otra cosa. Nos han convencido de que su forma de entender la vida es el único sueño posible, aunque ese sueño sea un señuelo y los señuelos, por mucho que brillen, siempre ocultan algo.

En este caso, ocultaban la desigualdad, la violencia y la explotación, escondían que el imperio que nos seducía se construyó sobre la conquista de otros pueblos como el nuestro.